

El cuarto de guardar

Saki



Como si fuera un favor especial, llevarían los niños a la playa de Jagborough. Pero Nicolás no iba ir; había caído en desgracia. Justamente esa mañana se había negado a tomarse su alimenticia leche con pan, con la excusa, en apariencia caprichosa, de que adentro había una rana. Gente grande, más sabia y mejor que él, le había dicho que no era posible que una rana se hallase en su taza de leche y que mejor no dijera tonterías. Mas él continuó diciendo lo que tenía todo el aspecto de un auténtico disparate y hasta describió en detalle el color y los lunares de la supuesta rana. El lado dramático del asunto está en que realmente sí había una rana en el tazón de Nicolás: él mismo la había puesto, de modo que se sentía con autoridad para decir algo al respecto.

El pecado de capturar una rana en el jardín y echarla al tazón de alimenticia leche con pan fue abultado hasta la exageración, pero el hecho que destacaba por encima de los



restantes, según lo veía la mente de Nicolás, es que la gente grande, más sensata y más sabia que él, había demostrado estar equivocada redondamente en cosas sobre las que había expresado la seguridad más rotunda.

—Ustedes decían que era imposible que hubiese una rana en mi tazón, y había una rana —repetía él, con la tenacidad de un hábil estratega que no piensa abandonar el lugar donde se ha hecho fuerte.

Así que esa tarde habría playa para su primo y su prima y su aburrido hermanito, y él se quedaría en la casa. La tía de sus primos, que con inexplicable esfuerzo de imaginación insistía en decirse tía suya también, había ideado de sopetón ese paseo a Jagborough sólo para hacerlo ver las delicias que se perdía precisamente por su lamentable comportamiento al desayuno. Siempre que uno de los niños recibía un castigo, ella acostumbraba improvisar alguna diversión de la que el castigado quedaba rigurosamente fuera. Si se portaban mal todos juntos a la vez, eran de inmediato informados sobre el circo que actuaba en algún pueblo cercano, circo de calidad sin igual y con docenas de elefantes, al que habrían ido todos ese mismo día de no ser por su maldad.

Contaban con que al momento de partir a la playa, Nicolás derramaría algunas razonables lágrimas. Pero todo el llanto corrió por cuenta de su primita, que se magulló la rodilla contra el estribo del coche al trepar en él.

—¡De qué manera aullaba! —dijo Nicolás, divertido, cuando el grupo se puso en marcha sin la alegría que debería haberlo destacado.

—Ya se le pasará —dijo la supuesta tía—. Tendrán una maravillosa tarde para correr hasta que se cansen por esa hermosa playa. ¡Se van a divertir...!

—Bobby ni se divierte ni corre mucho —dijo Nicolás con risita maligna—. Las botas le duelen. Le quedan demasiado apretadas.

—¿Y por qué no me ha dicho que le duelen? —preguntó la tía, con cierta aspereza.

—Te lo ha dicho dos veces pero tú no le haces caso. Tú no sueles hacernos caso cuando te decimos cosas importantes.

—No te metas al huerto de grosellas —dijo la tía, cambiando de tema.

—¿Por qué? —preguntó Nicolás.

—Porque estás castigado —dijo ella, rotundamente.

Nicolás descartó que semejante argumentación fuera exacta: él se sentía perfectamente capaz de estar castigado y, al mismo tiempo, de entrar al huerto de grosellas. Su rostro adoptó el gesto de una terquedad total. Para su tía quedó claro que estaba decidido a entrar al huerto de las grosellas “sólo”, como se dijo a sí misma, “porque le he dicho que no entre”.





Pues bien, el huerto de grosellas tenía dos puertas de entrada, y una vez que una persona pequeña como Nicolás se deslizaba adentro podía desaparecer de la vista, con la complicidad de las matas de alcachofas, los entramados para las frambuesas y los arbustos frutales. La tía tenía que hacer muchas otras cosas esa tarde, pero se pasó un par de horas en superfluos trabajos de jardinería entre los planteles de flores y de plantas, vigilando desde ahí, con el ojo alerta, las dos entradas del paraíso prohibido. Era una mujer de pocas ideas, pero fijas.

Una o dos veces Nicolás salió al jardín delantero, serpenteando hacia una u otra puerta con notorio disimulo acerca de sus planes, pero sin poder sustraerse ni un solo instante a la vigilancia de su tía. La verdad es que no tenía ninguna intención de entrar al huerto de grosellas, pero le resultaba de la mayor conveniencia que su tía creyera que sí la tenía. Esa creencia la mantendría en su voluntaria tarea de centinela durante casi toda la tarde.

Después de confirmar y fortalecer las sospechas de su tía, Nicolás se deslizó con disimulo al interior de la casa y de inmediato puso en ejecución un plan que había elaborado durante largo tiempo en su cabeza. Subiéndose a una silla de la biblioteca, uno podía llegar a determinado estante en el que había una voluminosa llave, de aspecto importante. Y era tan importante como su aspecto; se trataba del instrumento que mantenía los misterios del cuarto de guardar a salvo de intrusos y que permitía el acceso únicamente a tías y privilegiadas personas como ellas. Nicolás no tenía mucha experiencia en el arte de meter las llaves en las cerraduras y abrir puertas, pero llevaba algunos días practicando con la llave del cuarto de estudios. No era partidario de confiar demasiado en la suerte y en la casualidad. La llave giró dificultosamente en la cerradura, pero giró. La puerta se abrió. Y Nicolás se halló en un mundo desconocido, comparado con el cual el huerto de grosellas era una diversión sosa, un simple placer material.

Una y otra vez él había imaginado cómo sería el cuarto de guardar, esa zona tan cuidadosamente vedada a sus ojos infantiles y respecto de la cual sus preguntas no obtenían respuesta. Pero resultó que cumplía sus expectativas. En primer lugar era amplio y estaba tenuemente iluminado, ya que su única fuente de luz era una ventana alta que daba al huerto prohibido. En segundo lugar era un almacén de tesoros inimaginables. La que se decía tía suya era una de esas personas que creen que las cosas se gastan si se usan, y que para conservarlas las condenan al polvo y la humedad. Las partes de la casa que Nicolás conocía mejor resultaban un tanto vacías e desoladas; en cambio aquí había, para gozo de la vista, cosas espectaculares.

Más que nada y sobre todo había un tapiz enmarcado que, sin duda, pretendía servir como pantalla de chimenea. Para Nicolás representaba una historia viviente y palpitante: tomó asiento sobre un rollo de cortinajes indios que resplandecían en maravillosos colores cubiertos de polvo, y examinó los detalles de la escena. Un hombre con ropas de caza de



tiempos remotos acababa de atravesar a un ciervo con una flecha. No debió haber sido un tiro muy difícil, ya que el venado estaba apenas a dos pasos de él. Gracias a la espesa vegetación que sugería el dibujo del tapiz, no pudo costarle demasiado acercarse al ciervo, que estaba pastando. Y los dos perros de pelaje con lunares que corrían a unirse a la caza habían sido adiestrados, evidentemente, para correr pegados a sus talones hasta que la flecha hubiera sido disparada. Esta parte de la escena resultaba evidente, pero interesante. Sin embargo, ¿veía el cazador, como los veía Nicolás, a los cuatro lobos que corrían hacia él a través del bosque? Debía de haber más de cuatro escondidos entre los árboles y, en todo caso, el hombre y sus sabuesos ¿podrían rivalizar con los cuatro lobos, si es que atacaban? Al hombre sólo le quedaban dos flechas más y podía fallar con una de ellas o con ambas; lo único que podía saberse de sus habilidades como tirador es que era capaz de darle a un ciervo grande desde una distancia ridículamente pequeña. Nicolás permaneció sentado unos preciosos minutos dándoles vueltas y más vueltas a las posibilidades de la escena. Sentía la inclinación a creer que ahí había más de cuatro lobos y que el hombre y sus perros se encontraban en una situación inquietante.

Pero además había otros objetos deleitosos e interesantes que reclamaban su atención urgente: curiosos candelabros retorcidos como serpientes; una tetera de porcelana en forma de pato, por cuyo pico entreabierto era de suponer que salía el té. Comparada con ella, ¡qué aburrida y vulgar parecía la tetera del comedor de los niños! Había una caja de sándalo, tallada, llena de algodón en rama, y entre las capas de algodón había figuritas de bronce: cebúes y pavos reales y gnomos, agradables a la vista y al tacto. Menos prometedor resultaba, en apariencia, un gran libro cuadrado de tapas lisas y negras. Nicolás le dio una ojeada y encontró que estaba lleno de láminas de aves pintadas a todo color. ¡Qué aves! Tanto en el jardín como en los senderos, cuando iba de paseo, Nicolás se había cruzado con algunas aves que, en su mayoría, eran una urraca ocasional o una paloma torcaz. Aquí había garzas reales y avutardas, milanos, tucanes, alcaravanes, urogallos, ibis, faisanes dorados: una completa e insospechada galería de retratos de criaturas inimaginables. Estaba admirando el colorido del pato mandarín e inventándole una historia, cuando llegó hasta él, desde el huerto de grosellas, la voz de su tía vociferando su nombre a pleno pulmón. La mujer estimaba cada vez más sospechosa su prolongada ausencia y sacaba la conclusión de que Nicolás había saltado por encima de la valla, ocultándose tras el macizo de lilas. Estaba entregada a buscarlo con energía, dudando poder dar con él entre las matas de alcachofas y el entramado para las frambuesas.

—¡Nicolás, Nicolás! —gritaba—. Sal de ahí inmediatamente. No trates de esconderte. Te estoy viendo hace rato.

Probablemente aquella fue la primera vez, en veinte años, que alguien sonreía en el cuarto de guardar.





Pero las furibundas repeticiones del nombre de Nicolás de repente dieron paso a un alarido y a un grito pidiendo que alguien acudiera de prisa. Nicolás cerró el libro, lo dejó cuidadosamente en su sitio sobre un rincón y le sacudió encima el polvo de un montón de diarios viejos. Salió del cuarto, cerró la puerta y devolvió la llave al sitio donde la había encontrado. Su tía seguía vociferando su nombre cuando él apareció vagabundeando por el jardín.

—¿Quién llama? —preguntó.

—Yo —fue la respuesta, llegada desde el otro lado del muro—. ¿No me oías? Andaba buscándote entre las grosellas cuando resbalé y me caí en el estanque para la lluvia. Por suerte no hay agua, pero las paredes están tan resbaladizas que no puedo salir. Acerca la escalera de mano que está debajo del cerezo. . .

—Se me ha ordenado que no entre en el huerto de grosellas —dijo Nicolás, rápidamente.

—Yo te lo dije y ahora te digo que puedes entrar —surgió desde el estanque, y un tanto impaciente, la voz de la tía.

—Tu voz no parece la de mi tía —objetó Nicolás—. Podrías ser Satanás tentándome para que desobedezca. Mi tía siempre dice que Satanás me tienta y que yo caigo en la tentación. Esta vez no caeré.

—No digas tonterías —dijo la prisionera de la balsa—. Anda a traer la escalera de mano.

—¿Habrá mermelada de fresa a la hora del té? —preguntó Nicolás, con inocencia.

—¡Claro que habrá! —dijo la tía, pensando para sus adentros que Nicolás ni siquiera la probaría.

—Ahora estoy seguro de que eres Satanás y no mi tía —exclamó Nicolás, con alborozo—. Cuando anteayer le pedí a la tía mermelada de fresas, dijo que se había acabado. Yo sé, porque los he visto, que en la despensa quedan cuatro tarros, y desde luego tú también lo sabes, pero ella no, porque me dijo que se había terminado. ¡Ah, Satanás, tú mismo te has descubierto!

Había una insólita complacencia en poder hablarle a una tía como si le hablara al diablo. Pero, con su infantil buen sentido, Nicolás sabía que tales complacencias no le serían perdonadas. Se alejó de allí haciendo mucho ruido. Y fue una empleada, que casualmente andaba por allí cogiendo perejil, la que sacó a la tía del estanque.

Esa tarde el té se tomó en medio de un terrible silencio. Cuando los niños llegaron a la playa de Jagborough, la marea alcanzaba su nivel más alto y no dejaba al descubierto arena donde jugar... Una circunstancia que la tía no tuvo en cuenta al organizar, a la



carrera, su excursión de castigo para Nicolás. Lo mucho que a Bobby le apretaban las botas había surtido efectos desastrosos sobre su ánimo la mayor parte de la tarde, y, en conjunto, no podía decirse que los chicos se hubiesen divertido. En cuanto a la tía, mantenía el helado silencio de quien se ha visto encerrada, inmerecida e indignamente, durante treinta y cinco minutos, en un estanque. Nicolás también estaba callado, ensimismado como alguien con muchas cosas que pensar: lo más probable, se decía, es que el cazador y sus sabuesos pudieran escapar mientras los lobos se daban un banquete con el ciervo flechado. ✨